

843
B.

P02199
1148
L900



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
Año 1923 MEXICO

MENTIRAS

I

UN RINCÓN DE PROVINCIA EN PARÍS

—Caballero—dijo el cochero inclinándose desde lo alto de su asiento,—la verja está cerrada...

—¡A las nueve y media!...—contestó una voz desde el interior del carruaje.—¡Vaya un barrio! Gracias á que con el piso seco se puede ir á pie sin molestia...

Y dicho esto, la portezuela se abrió, dando paso á un hombre joven todavía, que, con apariencias de sentir gran frío, levantó el cuello de nutria de su gabán, adelantando sus pies calzados con zapato bajo. Tanto por estos zapatos de charol como por la media de seda bordada, el pantalón negro y sombrero de tela, se conocía que debajo del abrigo llevaba nuestro personaje un completo traje de sociedad. El coche era de esos que tienen su parada á la puerta de los círculos. El auriga, deteniendo

su caballo, se puso á mirar con cierta sorpresa, como su parroquiano mismo, aquel rincón, con sabor provinciano, de París que no había visto, y que era realmente excéntrico, aunque situado al final del barrio de San Germán. En la época de nuestro relato (1879 y principios del mes de Febrero), la calle Coëtlogon, que unía la de Assas con la de Rennes, ofrecía además una doble particularidad. Se cerraba por medio de una verja y se alumbraba durante la noche por un farol colgado, como antiguamente, de una cuerda transversal. Ya hoy ha cambiado mucho el aspecto de este sitio, habiendo desaparecido el misterioso hotel de la derecha, rodeado de jardín, que debía ser tranquila mansión de alguna viuda rica. Los terrenos que impedían el tránsito de carruajes á la calle Coëtlogon por la de Rennes, y la verja que la aislaba por la de Assas, no existen, luciendo ahora el gas en vez del farol. Sólo se conservan dos piedras desiguales en que encajaban los barrotos sobre que giraban las puertas movibles de la verja, entornadas únicamente cuando llegaba la noche. Por esto no tuvo necesidad el joven de llamar para que le abrieran; pero antes de penetrar en esta verdadera callejuela, se paró un momento á contemplar el paisaje que formaban el sombrío callejón, el jardín de la

derecha, la línea de casas ya derruidas, á la izquierda, al fondo las confusas masas de edificios en construcción y el farol antiguo en medio. En lo alto, la luna de invierno brillaba en un cielo trágico, extenso, sembrado de nubes movedizas que corrían presurosas.

—¡Qué decoración para una despedida!— dijo á media voz el joven, añadiendo los dos versos de Hugo

«Jusqu'à l'heure où l'on voit apparaître et rêver
Les yeux sinistres de la lune.....»

con una entonación que denunciaba al escritor público. Lo era, en efecto, y de cierta reputación, adquirida especialmente en dos dramas de la vida moderna, quizás demasiado influidos por el gusto de Alejandro Dumas, hijo. Este joven, que contaba treinta y cinco años, aunque representaba apenas treinta, todavía no había firmado, con su nombre sonoro de Claudio Larcher, ni artículos ni novelas de ocasión. En esta época, 1879, hacía tres años que era autor de la *Gula* y *Entre adúlteras*, obras desiguales y llenas de un pesimismo convencional, interesante, sin embargo, por una cierta agudeza de análisis, lo escabroso del diálogo y fogoso del ideal. Entrgado á una vida de disipación, empe-

zaba á aceptar más fáciles tareas, sintiéndose incapaz de volver á algo serio y de importancia. Se estudiaba y juzgaba incesantemente, aunque sin resultado práctico para su vida, permaneciendo siempre en una lucidez tan dolorosa como ineficaz. Por esto, la vista de la calle apacible y el recuerdo de Víctor Hugo le llevaron á ideas de existencia retirada y ordenado trabajo, obligándole á pensar que tenía compromiso con una revista, compromiso con un teatro, compromiso con un diario, y que en vez de hallarse sentado á su mesa y en su habitación de la calle de Varenne, corría París á las diez de la noche en el traje de un ocioso y un *snob*, con el propósito de pasar las horas que quedaban de aquel día y las primeras del siguiente en casa de la Condesa de Komof, gran señora rusa establecida en París, que daba una fiesta en el hotel de la calle del Bel-Respiro á sus relaciones. Pero aún hacía algo peor, y era venir á buscar, para conducirlo á estas recepciones de la Condesa, fastuosas y cosmopolitas, á otro escritor, diez años más joven que él y que hasta entonces había dedicado su vida, en una de las casas de aquella desierta y taciturna calle de Coëtlogon, á la labor asidua, cuya nostalgia sufría el mismo tentador. Renato Vincy, que era el colega á que aludimos, acababa de

lograr, á los veinticinco años, uno de esos grandes éxitos literarios que no se repiten arriba de dos veces en cada generación. Su *Sigisbeo*, comedia en un acto y en verso, de fantasía y ensueños, escrita sin propósito alguno práctico, lo hizo célebre de la noche á la mañana. En este resultado glorioso tocaba su parte á Claudio, porque él había leído la pieza á su amante Colette Rigaud, famosa actriz de la calle de Richelieu, y ella, enamorada del papel que podría representar, venció todas las dificultades. Claudio aconsejó á la Condesa de Komof que diera en su lindo teatro de salón el *Sigisbeo*, idea que fué al momento aceptada, siendo precisamente aquella noche la señalada para poner en escena la comedia de moda. Por eso Claudio iba en busca de Renato á la calle de Coëtlogon, donde Vincy vivía al lado de una hermana suya que estaba casada; estimada complacencia de un autor ya hecho hacia uno que comenzaba, en que había algo de irónica vanidad, mezcla de amor propio, porque Renato conociera sus relaciones de alta sociedad, y de maliciosa sonrisa ante el estupor que su joven camarada sentía á la sola idea de ver el mundo.

—Tan pueril como él, he sido yo—pensó Claudio añadiendo: —reflexión es ésta que se

guramente no se ocurrirá á las gentes que han nacido en los salones y para los salones; debe, pues, parecer absurdo que nosotros asistiámos á ellos y con esas gentes nos mezclamos...

Filosofando de este modo, se detuvo delante de otra verja, á la izquierda, que estaba cerrada, y llamó; daba paso á una calle de árboles que terminaba en la entrada de una casa de tres pisos, rodeada de modesto jardinillo. Bien que el portero no hubiese oído ó que no estuviera en su puesto, es lo cierto que Claudio se vió precisado á tirar por segunda vez de la cadena mohosa destinada al objeto, hallando en este tiempo ocasión para fijarse en aquella casa negra y como muerta, en que sólo se veía brillar una luz en una de las ventanas del cuarto bajo. Aquí era donde vivía la familia Fresneau. Emilia Viney, la hermana del poeta, casó en efecto con Mauricio Fresneau, profesor libre á quien Claudio conocía por haber sido compañero suyo en los primeros tiempos de su estancia en París, tiempos que ruborizaban al autor de la *Gula*, que habría deseado, en vez de los apuros de entonces, poder consumir un patrimonio en los *clubs* y con las chicas; pero á pesar de estabildad, mantenía relaciones con Fresneay, en razón de ciertos servicios de dinababa de

éste le prestara en aquella época. Al principio, su interés por Renato se fundaba en esa amistad de los malos días; pero luego no tuvo más remedio que someterse al encanto natural que inspiraba el joven. ¡Qué instantes pasados en aquella habitación sencilla de Renato, al lado del comedor, cuya ventana era la que veía alumbrada durante los cortos instantes que tardaron en abrir la puerta de la casa! El poeta y su hermana, por ese gusto de soñador solitario que le distinguía, colgaron de las paredes, y sobre un pedazo de tela roja, algunos grabados refinadamente escogidos: composiciones de Alberto Durero, la *Elena* y el *Orfeo* de Gustavo Moreau, aguas fuertes de Goya. ¡Qué encanto para Claudio la vista de aquella cama de hierro, la mesa tan arreglada, la biblioteca con sus libros, y á la entrada de esta íntima residencia, la frase que Renato copió de la *Imitación*: *¡Cella continuata dulcescit!* ¡Qué cambio de ideas en Claudio! ¡El sarcasmo se trocó en tristeza, pensando en aquel joven de veinticinco años que siempre vivió allí y que de allí saltaba á los salones de la Condesa Komof, á reunirse á la sociedad de lujo y artificio que recibía la Condesa!

el preciso era haber caído antes en los pe-
ste encuentro—dijo Claudio, arran-
Claudio,

cado súbitamente á sus reflexiones por el chirrido del pestillo y la cerradura, y empujando la verja.—Y he sido yo quien le aconsejó asistir y hasta quien lo ha vestido para la recepción.

Con efecto, había llevado á Renato en casa de su sastre, su camisero, su zapatero y sombrerero, para que tomara lo que él llamaba con gracia la investidura.

—¡Qué triste es ponerse siempre en lo peor! Le presentarán á cuatro ó cinco mujeres; le invitarán á comer dos ó tres veces; seguramente no se acordará de dejar sus tarjetas; olvidará y le olvidarán.

Avanzó por la calle de árboles, llamó á la primera puerta de la derecha, que era la de Fresneau y se hallaba antes de la portería. Porque es de advertir que la chocante disposición del edificio sólo se explicaba por un segundo jardinillo y una segunda casa, y todo ello encerrado dentro de la verja de la calle de Coëtlogon. Vino á abrirle una muchachota de treinta años, de corto talle, espaldas cuadradas, con la cara de una sola pieza, si vale la frase, que encajaba perfectamente con la forma torpe y basta de una auverñesa, y dos ojos oscuros de una simplicidad animal. ^{Es} fisonomía campesina revelaba instintiv^{es-} en-
confianza, lo mismo que la actitud co

treabría la puerta en vez de abrirla de par en par, como el movimiento de lo párpados, que entornaba mientras subía la lámpara de petróleo hasta colocarla de modo que diera la luz de lleno sobre el visitante. Conoció á Claudio, y su ancho rostro tomó un aspecto de benevolencia que denotaba el favor de que gozaba el joven en casa de los Fresneau. La muchacha se sonrió enseñando unos dientes blancos y pequeños, verdaderos dientes de bestia.

—Buenas noches, Francisca — dijo el joven;—¿está dispuesto el señorito?

—¡Calla, es el señor Larcher!—exclamó la sirviente con cierta alegría.—Ya está preparado—añadió—y bonito como el Niño Jesús. La familia se encuentra en el comedor... Voy á coger el abrigo... ¡Y lo que debe pesar esto sobre los hombros!...

La familiaridad de esta criada era realmente primitiva; venida directamente desde el pueblo de la Auvernia, en que Fresneau fué profesor, hacía ya quince años que se hallaba instalada en esta casa como en la suya propia. Claudio se divertía mucho con ella cuando le daba cuenta de sus trabajos en términos extraordinariamente bufos, ó le expresaba con ingenua candidez los temores que abrigaba de que el autor dramático la retratase en alguna

pieza para la escena, ó aplicaba, en fin, á las frases literarias que recogía al servir la mesa, ese poder extraño de deformación que caracteriza á las gentes del pueblo. Claudio recordaba, entre otros desatinos de Francisca, haberla oído decir que Renato se *dentrificaba* con sus héroes. Era cosa de risa, y Claudio tomaba nota en su cartera de esas locuciones para escribir una novela que no se acabaría nunca. Pero la noche de que se trata no estimuló como de costumbre la charlatanería de Francisca, por aquella melancólica impresión que le dominaba al considerarse en su papel de tentador mundano. Mientras que Francisca colgaba de la percha su abrigo, fijaba él su mirada en aquel corredor que tenía tan visto y al cual daban las puertas de las diferentes habitaciones. La del poeta al fondo, mano derecha y situada al Mediodía; la de los Fresneau, más estrecha, al Norte y en comunicación con la de su hijo Constancio, niño de seis años á quien Emilia quería quizás menos que á Renato, por el cual sentía un apasionado afecto, cuya causa conocía Claudio en todos sus pormenores. Historia sencilla y conmovedora la de los Vincy, que aumentaba en la presente ocasión el remordimiento que nacía en Claudio ante la idea de venir á arrancar de este asilo á aquel en quien esa historia se re-

sumía. El padre de Emilia y Renato, procurador de Vouziers, murió en la miseria por consecuencia de excesos en la bebida. Vendido el estudio, pagadas las deudas, realizados algunos valores, quedaron unas cincuenta mil pesetas de caudal á la viuda de aquel vividor de provincia, que con ellas y sus hijos vino á establecerse en Paris, huyendo de una residencia que tantos recuerdos ingratos le ofrecía. La viuda de Vincy tenía un hermano sacerdote muy distinguido, antiguo alumno de la Escuela Normal, que repentinamente abrazó, sin explicación, la carrera eclesiástica con asombro de los compañeros, que poco tiempo después supieron que el P. Taconet, á su salida de San Sulpicio, inauguraba en la calle de Cassette un Establecimiento de enseñanza. Católico liberal, bien cerca del galicanismo, creyó que la clase media de la sociedad vacila entre el colegio laico y el puramente religioso, proponiéndose con su ejemplo armonizar ambas tendencias, y auxiliándose, para la fundación de su externado eclesiástico, de otros dos sacerdotes más jóvenes. La nueva escuela de San Andrés (así llamada por ser el santo del nombre del fundador), cuyos alumnos tenían necesariamente que seguir los cursos del Liceo de San Luis, obtuvo éxito tan lisonjero, que á los tres años

de existencia ya eran precisos algunos ómnibus para traer y llevar á los chicos. La posibilidad de que Renato recibiera esmerada educación al lado de su pariente, fué una de las principales razones que movieron á la viuda para su traslación á París; tranquilizándole, además, las excelentes disposiciones de Emilia, que contaba diez y seis años, para ponerse al frente de la nueva casa. Por consejo de su hermano el sacerdote, acostumbrado ya á la administración por su colegio, adquirió renta italiana por valor de sus cincuenta mil pesetas, que le producían dos mil ochocientos anuales para las necesidades de la familia. La masa de inmensos sacrificios diarios que representaba esta suma, fué labrando en Emilia la ternura que dedicó á Renato. Y es que en la vida del corazón se corre tras del sufrimiento, como se va en el juego tras las ganancias. Poco tiempo después de la instalación, realizada en 1863, cayó enferma la madre, y murió en 1871, dentro de la paredes de aquella casa de la calle de Coëtlogon, aunque en el piso tercero. Emilia, pues, tuvo necesidad de ocuparse en cuidar de la viuda, en la educación de su hermano y en los mil quehaceres de un interior en que cincuenta céntimos son de mirar. Compensada vió esta vida de labor dura é incesante por los éxitos de Renato,

festividades solemnes para ella como para las modestas familias de la clase media, que casi en absoluto carecen de otras. Los primeros ensayos literarios del hermoso joven le fueron consultados, y en esta situación continuaron las cosas hasta que, seis meses después del fallecimiento de la viuda, Fresneau le propuso su matrimonio, accediendo Emilia desde luego, con las precisas condiciones de no moverse de París y conservar á su lado á aquel hermano que definitivamente había de consagrarse á las letras. Fresneau, carácter sencillo y bondadoso, porque sabía amar, aceptó sin discusión y con deleite tales exigencias. Su cariño por Emilia comenzó cuando, siendo auxiliar de la Escuela de San Andrés en 1865, tuvo ocasión de dar lecciones á Renato y de conocer á la familia; pero hasta entonces había callado. Tocando en los cuarenta años, una comunidad de destinos le atrajo á Emilia. Él también había renunciado á todas sus personales aspiraciones por salvar las desgracias de su padre, antiguo director de un colegio. Desde 1858 á 1872, en que se casó, pudo satisfacer veinte mil pesetas á los acreedores, viviendo con el importe de lecciones, que le producían cinco pesetas una con otra. Si á esto se agrega el número de horas de trabajo que representa la preparación de los

cursos, las idas y venidas, la corrección de los cuadernos, se formará idea de lo que es la existencia de esos profesores de enseñanza libre, que acaba por destruir los más potentes organismos. Su pasión por Emilia fué la novela de esta vida tan ocupada hasta allí; Taconet bendijo el enlace y Renato conquistó un esclavo más de su genio.

Todas estas circunstancias, conocidas de Claudio Larcher, tuvieron su natural influencia en el desarrollo del talento y carácter del joven poeta. Mientras Francisca se ocupaba de colocar el abrigo, los detalles de esta especie de antesala común revestían á los ojos de Claudio una significación moral, como la tenían el paraguas de alpaca basto y gordo de Fresneau al lado de aquel otro inglés, elegante y de fina madera, que Emilia había regalado á su hermano; la caña con puño de concha, treinta veces más cara que el sencillo bastón del profesor; como sabía que los libros de Fresneau habían andado de uno para otro sitio hasta dejarlos en el mismo corredor á las fantasías decorativas de Renato, y las admirables litografías de Raffet sobre el Gran Emperador, que debieron lastimar las opiniones republicanas del profesor si éste no fuera el primero en hallar muy en su punto el constante sacrificio de toda la familia hacia este

hermano, del cual hizo su Dios por amor de Emilia, como la sirviente, como el mismo tío. Porque hasta Taconet se sentía subyugado ante la naturaleza del joven, discurriendo sobre los rendimientos de aquellos valores italianos que producían ya tres mil pesetas, que se verían aumentadas por otras tantas de su propio peculio. Y además, la educación cristiana de Renato, garantía segura era de que sus conocimientos se pondrían al servicio de la Iglesia. El sacerdote había contribuido á empujar al joven por ese camino de la literatura en que hasta el día sólo flores había encontrado. Claudio, huérfano de padre y madre, solo desde los veinte años en lucha contra las asperezas de la vida de artista pobre, mejor que nadie apreciaba todo ese conjunto de abnegación, cariño y confianza; su alma, conmovida siempre que llegaba á este santuario y en la presente ocasión también, tenía necesidad de manifestarse en risas exageradas y escepticismo desconsolador. Claudio se calumniaba cuanto podía; enervado su corazón, se impresionaba tan fácilmente, cuanto difícil le era dominar las sensaciones.